

El guanaco de oro

Nombre: Aquiles Inostroza | **Edad:** 60 años | **Localidad:** Monte Patria

Esta historia la contaban los antiguos habitantes de Monte Patria y de los pueblos interiores del Limarí. Decían que ocurrió por los años en que comenzó a llenarse el Tranque La Paloma.

El tranque había comenzado a construirse en 1968, pero una larga sequía retrasó su llenado. Recién en 1972 comenzó a acumular agua y, después del gran temporal de 1981, el embalse quedó lleno. Fue entonces cuando empezó a circular un extraño relato.

Los viajeros que iban desde Ovalle hacia Monte Patria, El Palqui y los pueblos interiores contaban que, cerca de la medianoche, se veía una diminuta luz o fulgor descendiendo desde uno de los cerros cercanos al tranque. La pequeña luz bajaba hasta llegar a la orilla del agua. Allí permanecía unos minutos y luego comenzaba nuevamente su ascenso hacia el cerro, hasta desaparecer en la oscuridad.

Pero Esteban Durán quiso descubrir la verdad. Una noche, mientras se dirigía hacia Monte Patria, vio aquella misteriosa luz y decidió seguirla. No era un espíritu.

Era un guanaco, pero cubierto por un pelaje dorado que brillaba en medio de la noche. Esteban quedó maravillado, pero el asombro pronto se convirtió en ambición. Pensó que, si lograba capturarlo, podría hacerse rico.

Al día siguiente se lo contó a su compadre Leoncio. El viernes regresaron al tranque provistos de cuerdas. Se escondieron bajo un pimiento, cerca de la orilla, y prepararon unos lazos. Amarraron los cordeles a sus cinturas y esperaron. Cerca de la medianoche apareció nuevamente la luz.

El guanaco descendió del cerro y se acercó al agua. Cuando inclinó la cabeza para beber, los hombres lanzaron los lazos y lograron atraparlo. Pero el animal dio un violento tirón y corrió directamente hacia el tranque.

Las cuerdas se tensaron y los dos hombres fueron arrastrados detrás de él. El guanaco se internó en las oscuras aguas y desapareció, llevándose consigo a Esteban y Leoncio.

A la mañana siguiente, un lugareño encontró los cuerpos sin vida de ambos hombres flotando cerca de la orilla, amarrados a un vellón de cuero de oveja. Desde entonces, los antiguos cuentan que algunas noches vuelve a aparecer aquella pequeña luz descendiendo desde el cerro.

Los más viejos decían que aquellas apariciones no debían buscarse, porque podían traer desgracia a quien se acercara demasiado.

Y aconsejan:

—Déjelo tranquilo, pues hay riquezas que no son para uno.

Porque quizás el guanaco de oro todavía baja a beber al tranque.

Y quien intente seguirlo podría encontrar, como Esteban y Leoncio, un destino del que jamás podrá regresar.